

Prólogo

Si quieres dedicarte a escribir, empieza a hacerlo hoy mismo. No hay otra forma de conseguirlo, y hoy es un día tan bueno como otro cualquiera para empezar. De hecho, es muchísimo mejor que empieces hoy a que lo dejes para mañana.

No me siento capacitado para explicarle a nadie cómo se debe escribir bien, ya que no me considero un escritor, y mucho menos un buen escritor, pero el caso es que sí escribo o, al menos, lo intento. Por eso quiero compartir y explicar las reglas que estoy siguiendo para que sentarme a escribir sea ya un hábito y no una excepción, con la esperanza de que a alguien más le puedan ayudar.

Este sencillo decálogo no pretende hablar del estilo, ni del lenguaje o la estructura. No os voy a explicar qué escribir ni cómo escribirlo, sino que simplemente explicaré las pequeñas normas que me he impuesto para sentarme y escribir a diario. El contenido es cosa vuestra: me limitaré a daros los consejos prácticos que utilizo diariamente y que me están ayudando a perseverar. Hace poco tiempo que he tomado esta decisión y estoy satisfecho con los resultados que he conseguido hasta ahora.

Las técnicas y consejos propuestos son bastante evidentes y no son en absoluto originales. Todo lo que he hecho ha sido recopilar reglas prácticas expuestas por distintos escritores, probarlas de una forma más o menos sistemática, adaptándolas a mis propias necesidades, y quedarme con aquellas que dan mejores resultados. Que funcionen conmigo no quiere decir que vayan a funcionar igual de bien con todo el mundo, pero espero que algunos de los consejos sí puedan ser interesantes y fructíferos para unos cuantos de vosotros.

Habrà quien piense que este planteamiento es demasiado práctico y que le quita romanticismo a la idea de escribir. A quien así opine, solo puedo responderle con una verdad incontestable: para ser escritor hay que escribir. No basta escribir para convertirse en escritor, pero para ser escritor es

imprescindible escribir primero. De esto trata este sencillo decálogo: de ponerse a escribir. Todo lo demás, la parte más trascendente, más emotiva, más intelectual, solo podrá darse si estamos escribiendo.

Vamos allá.

1. Para escribir hay que escribir

Sé que puede parecer una obviedad, pero no lo es tanto. Me he pasado años diciéndome a mí mismo que quería escribir, que era a lo que quería dedicarme, y, sin embargo, no escribía ni una línea. Buscaba grandes historias, desarrollaba mentalmente tramas de novelas, cuentos y obras de teatro, pero todo ello sin sentarme y hacer lo único que debería haber hecho: escribir.

Era plenamente consciente de que no escribía y mi talento para la narración salía en mi defensa, proponiendo infinitos argumentos para justificarme: las largas horas de jornada laboral, las preocupaciones familiares, las obligaciones que me dejaban sin energía, la necesidad de organizar primero los temas materiales antes de dedicarme a esta aventura espiritual de la escritura, etcétera. Siempre encontraba excusas, todas ellas válidas, todas ellas creíbles, para no sentarme frente al teclado y empezar, de una vez, a escribir. Nunca encontraba el momento adecuado.

Y, sin embargo, en mis distintos trabajos, la comunicación escrita ha tenido siempre un papel muy importante. Me paso la mayor parte de mi jornada laboral escribiendo informes, respondiendo emails, redactando memorandos o desarrollando argumentarios y otros tipos de textos todavía más especializados. Probablemente, escribir sea la actividad que más haya hecho en mi vida adulta y, sin embargo, no es esta escritura a la que aspiro para sentirme realizado. Es la otra escritura, la creativa, aunque no necesariamente literaria, la que estaba dejando de lado.

Escribía solo puntualmente: una pequeña historia aquí, para compartir en las redes, una carta al director por allá, que me publicaba algún medio local, alguna colaboración esporádica en alguna revista o libro de relatos, diferentes blogs que arrancaba con muchas esperanzas y que abandonaba poco después... Supongo que muchos podrán sentirse identificados con la situación. Llegué incluso a empezar una novela sin haber adquirido antes el hábito de escribir. Como era de esperar, mi producción escrita era desigual en cuanto a

calidad e irregular en cuanto a cantidad, por lo que cualquier proyecto literario estaba predestinado al fracaso.

Eso sí: leía mientras tanto todos los libros que conseguía con consejos sobre cómo escribir, las recomendaciones de autores consagrados y de autores noveles, blogs de escritores independientes, y poco a poco me fui haciendo una especie de cultura teórica sobre los procesos de escritura. Recomiendo especialmente "Zen en el Arte de Escribir", de Ray Bradbury. No pretende ser un manual de escritura, sino las confesiones de un hombre enamorado de su trabajo. Bradbury fue un trabajador nato en esto de la escritura: un hombre con muy poca educación formal al que fascinaban los libros. Se encerró voluntariamente durante años en una biblioteca a leer libros y más libros, y al salir, empezó a escribir sin parar. Consiguió subsistir escribiendo, haciéndolo desde la mañana a la noche, con muchísimo tesón y constancia, entendiendo que era el trabajo y no las musas, que eran los textos efectivamente escritos y no el glamour intelectual, lo que marcaba la diferencia entre ser y no ser escritor. Bradbury demostró en toda su obra una sensibilidad hacia los pequeños momentos de la vida y una pasión por la palabra escrita, que hicieron de él más un poeta que un novelista. Bradbury tenía que escribir para vivir, y vivía para escribir. Y lo hacía sin descanso.

Los libros sobre escritura son, en realidad, una categoría propia, que atiende a un nicho de mercado muy fiel y rentable: los aspirantes a escritores que no lo son, como yo mismo. Hay literalmente centenares de títulos cargados de buenos consejos (y otros no tan buenos) sobre cómo escribir y, además, tener éxito. Como es lógico, muchos de ellos comparten terreno común con los libros de autoayuda, pero supongo que es hasta cierto punto comprensible: hace falta mucho entusiasmo para lanzarse a esta aventura.

Tratando de entender retrospectivamente por qué no escribía, creo que fueron dos los motivos principales de mi parálisis creativa: por una parte, que escribir supone un esfuerzo considerable de tiempo y un compromiso real, y siempre hay otras muchas cosas por hacer más fáciles, más divertidas; por otra, reconozco que tenía un cierto miedo a que lo que escribiera no fuese lo suficientemente bueno. Es decir, no escribía para no tenerme que enfrentar a la posibilidad de que quizás no sabría hacerlo o no lo haría bien. En tanto no lo hiciera, cabía la posibilidad de seguir pensando que era potencialmente un gran escritor.

Ahí radicaba mi error: construir unas expectativas totalmente infundadas. Pensaba que de repente, un buen día, me sentaría ante el teclado y escribiría la gran novela de este siglo, así, sin más, inspirado por los cielos. Que llegaría un momento en mi vida en que todo me empujaría a escribir, sin remedio, como una especie de destino cósmico, una imposición divina. Sé que suena

terriblemente irreal, que es un pensamiento de una inocencia que me hace sonrojarme, pero me aferraba a él. En tanto alimentaba esta vana esperanza, no escribía, convencido de que un día llegaría la llamada urgente e inaplazable de la inspiración, y en unos pocos días daría forma a mi gran obra, que se disputarían con avidez los editores. Quienes me conocen saben que soy una persona racional y que tiendo a ver el proverbial vaso medio vacío, pero toda mi mente analítica optaba en esta cuestión por ignorar limpiamente la realidad y seguir soñando.

Por fin he entendido lo que decía Bradbury: primero, escribe; después, ya veremos. Es una idea muy sencilla, pero no he sido capaz de interiorizarla hasta hace muy poco tiempo, desgraciadamente. Sin embargo, creo que me queda suficiente tiempo para enmendar mi error y escribir. Escribir mucho. Y, aunque es totalmente irrelevante una vez tomada la decisión, ya veremos si entre todo eso que escribo, aparece quizás algún texto digno de interés.

Ésa es, por tanto, mi primera recomendación: sentarse y escribir. Escribir pase lo que pase, escribir a ultranza. Acostumbrar el cuerpo y la mente a escribir cada día, por poco que sea. Adquirir la disciplina física y mental de la escritura, hacernos conscientes del coste que supone plasmar nuestros pensamientos en forma de palabras, y aún así, seguir adelante. No es fácil, al menos, no para mí. Dejar por escrito una parte de nosotros es algo maravilloso: la capacidad de que nuestras palabras lleguen a otras personas y éstas, por un momento, puedan ver el mundo a través de nuestros ojos, es algo que no deja de fascinarme. Por eso lo hago: no aspiro a más. No necesito ser un escritor consagrado, no me hace falta reconocimiento y cuento con hacer otras muchas cosas para ganarme la vida. Dar por sentado todo esto es lo que me permite escribir, sin ningún tipo de presión, sin nervios, sin expectativas: escribir por escribir, porque me gusta, porque me da sentido, porque me completa.